

Autora best seller del USA Today

L. J. SHEN



अनंत के अंदर है

SCANDALOUS

CHIC 

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



Scandalous

L. J. Shen

Sinners of Saint 3

Traducción de Eva García Salcedo



Contenido

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Agradecimientos
Sobre la autora

Página de créditos

Scandalous

V.1: Diciembre, 2021

Título original: *Scandalous*

© L. J. Shen, 2017

© de la traducción, Eva García Salcedo, 2021

© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2021

Todos los derechos reservados.

Los derechos morales de la autora han sido declarados.

Diseño de cubierta: Letitia Hasser, RBA Designs

Adaptación de cubierta: Taller de los Libros

Corrección: Carmen Romero

Publicado por Chic Editorial

C/ Aragón, 287, 2^o 1^a

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17972-56-1

THEMA: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Scandalous

**«Es todo lo que deseo... pero también mi mayor
perdición»**

Trent es un hombre de negocios duro y frío, sin tiempo para tonterías. La única mujer para la que tiene ojos es su pequeña de cuatro años, Luna. Sin embargo, la llegada a su empresa de la hija de su mayor enemigo, Jordan Van Der Zee, lo cambia todo. Edie es la típica niña de papá y, también, la mejor baza de Trent para acabar con Jordan. Pero lo que Trent no sabe es que también podría ser su perdición...

**La esperada continuación de la serie *Sinners of Saint*,
best seller del *USA Today***

«Una historia conmovedora y hermosamente escrita sobre
las complejidades del amor, la lealtad y el sacrificio.»

Helena Hunting, autora *best seller*

«Si la tocaba, no podía hablarle;
si la amaba, no podía dejarla;
si hablaba, no podía escuchar;
si luchaba, no podía ganar».

Arundhati Roy, *El dios de las pequeñas cosas*

A Sunny Borek y Ella Fox

Los caballitos de mar prefieren nadar en pareja y con las colas entrelazadas. Son uno de los pocos animales monógamos. Cortejan a su pareja con un baile de ocho horas que, entre otras cosas, incluye nadar juntos y cambios de color. Son románticos, elegantes y frágiles.

Como el amor.

Nos recuerdan que el amor ha de ser salvaje, como el océano.

Prólogo

Edie

«Gula».

Plural: gulas.

1. Exceso en la comida o bebida.
2. Satisfacción en exceso o demasía. «*Acusaron a los ciudadanos de gula energética*».

El peor de los siete pecados capitales. Al menos, en mi opinión. Y mi opinión era la que importaba en aquel momento, bajo el sol de justicia de aquella tarde de mayo en el paseo marítimo de All Saints, en el Sur de California, donde me encontraba, desesperada por algo de dinero en efectivo. Observaba a la multitud apoyada en la barandilla blanca que separaba el bullicioso paseo de las aguas iridiscentes y los espléndidos yates.

Fendi, Dior, Versace, Chanel, Burberry, Bulgari, Louboutin, Rolex.

«Codicia. Excesos. Corrupción. Vicio. Fraude. Engaño».

Los juzgué. Juzgué cómo bebían batidos ecológicos de diez dólares y la forma en que se desplazaban en sus monopatines multicolores y personalizados firmados por Tony Hawk. Los juzgué con la absoluta certeza de que ellos

no podían hacer lo mismo conmigo. Estaba escondida. Oculta tras una sudadera negra y gruesa, con las manos metidas en los bolsillos. Llevaba unos vaqueros ajustados de color negro, unas botas Dr. Martens viejas y desatadas, y una mochila hecha jirones sujeta con imperdibles.

Tenía un aspecto andrógino.

Me movía como un fantasma.

Me sentía una farsa.

Y ese día estaba a punto de hacer algo que me dificultaría todavía más mirarme al espejo en adelante.

Como en cualquier juego peligroso, había que seguir unas reglas: ni niños, ni ancianos, ni gente del montón que se esforzara por sobrevivir. Yo iba a por los ricos, sobre todo a por los que se asemejaban a mis padres. Las mujeres con bolsos de Gucci y los hombres con trajes de Brunello Cucinelli. Las señoras con caniches asomándose de sus bolsos tachonados de Michael Kors y los señores que no pestañeaban a la hora de gastarse en un puro lo que cualquier otra persona pagaría por su alquiler mensual.

Localizar a posibles víctimas en el paseo marítimo fue tan fácil que hasta daba vergüenza. Según el censo de 2018, All Saints era la ciudad más próspera de California, y, para gran consternación de los ricos de siempre, los advenedizos como mi padre se habían asentado en aquel lugar, armados con coches de lujo importados de Italia y bastantes joyas como para hundir un acorazado.

Negué con la cabeza al observar la explosión de colores, aromas y cuerpos bronceados medio desnudos.

«Concéntrate, Edie, concéntrate».

Una presa. Un buen cazador la olería a kilómetros de distancia.

Mi víctima del día había pasado a mi lado con paso ligero, lo que me llamó la atención sin que ella se percatase. Echó la cabeza hacia atrás y enseñó su blanca y recta dentadura. Una mujer florero de mediana edad,

ataviada de pies a cabeza con las prendas más modernas de Chanel. No me interesaba demasiado la moda, pero a mi padre le encantaba mimar a sus queridas amantes con atuendos lujosos, exhibirlas en eventos sociales y presentarlas como sus asistentes personales. Mi madre se compraba las mismas prendas de marca, desesperada por parecerse a esas jóvenes que tanto fascinaban a mi padre. Sabía distinguir la riqueza a simple vista. Y esa mujer... esa mujer no tenía hambre. Ni de comida ni de amor, las dos únicas cosas que importaban.

Si hubiera sabido que su dinero me compraría amor... Su monedero, pronto vacío, iba a llenarme el corazón hasta arriba.

—Me muero por comer una ensalada de pato en The Brasserie. ¿Podemos ir mañana? Aunque es posible que Dar se nos pegue como una lapa —dijo arrastrando las palabras, y se atusó la melena platino hasta la barbilla con una mano de manicura impecable.

Ya estaba de espaldas a mí cuando noté que su brazo estaba enlazado al de un tipo alto, moreno y guapo, al menos veinte años menor que ella. Con una constitución similar a la de Robocop y vestido como un elegante David Beckham. ¿Sería su *gigolo*? ¿Su marido? ¿Un viejo amigo? ¿Su hijo? No suponía una gran diferencia para mí.

Era la víctima perfecta. Distraída, caótica y déspota; separarse de su monedero sería un mero inconveniente para esta señora. Probablemente tenía una asistente personal o alguna otra pobre y desafortunada criatura en nómina para lidiar con las consecuencias. Alguien que pediría otras tarjetas de crédito, emitiría otro carné de conducir y la libraría de la molestia de la burocracia.

«Alguien como Camila».

Robar se parecía mucho a andar por una cuerda floja. El secreto estaba en el aplomo y la habilidad para no mirar al abismo o, en mi caso, a los ojos de la víctima. Yo era

delgada, bajita y ágil. Atravesé la multitud formada por adolescentes ruidosos en bañador y familias lamiendo helados con los ojos fijos en el bolso negro y dorado de YSL que colgaba del brazo de la víctima.

Los sonidos se amortiguaron, los cuerpos y los *food trucks* desaparecieron de mi vista; solo veía el bolso y a mi objetivo.

Recordé todo lo que había aprendido de Bane, respiré hondo y me lancé a por el bolso. Se lo arranqué del brazo y me fui directa a uno de los muchos callejones que atravesaban las tiendas y los restaurantes del paseo marítimo. No miré atrás. Corrí sin pensar, con desesperación, con ímpetu.

Plaf, plaf, plaf, plaf. Pisaba con fuerza el suelo de hormigón, pero las consecuencias de no conseguir el dinero que necesitaba me pesaban más en el corazón. El sonido denso de las risas de las chicas en el paseo se evaporó a medida que me distanciaba de mi objetivo.

«Podría haber sido una de ellas. Todavía puedo. ¿Por qué hago esto? ¿Por qué no puedo dejarlo pasar?».

Una esquina más y estaría en mi coche, donde abriría el bolso y examinaría mi tesoro. Con la adrenalina y las endorfinas por las nubes, una risa histérica brotó de mi garganta. Odiaba asaltar a la gente. Odiaba todavía más la sensación que seguía al acto. Pero, sobre todo, me odiaba a mí misma. Odiaba aquello en lo que me había convertido. Sin embargo, la sensación liberadora de hacer algo malo y salirme con la mía me hacía realmente feliz.

Al ver mi coche, me dio un vuelco el estómago de puro alivio. El viejo Audi TT negro que mi padre le había comprado a su socio, Baron Spencer, era lo único que me había regalado en los últimos tres años, pero incluso este regalo venía cargado de expectativas. Verme menos en su mansión era su objetivo en la vida. La mayoría de las

noches mi padre optaba por no volver a casa. Problema resuelto.

Saqué las llaves de la mochila mientras jadeaba durante lo que quedaba de camino, como un perro moribundo.

Estaba a escasos centímetros de la puerta del conductor cuando el mundo giró y me fallaron las rodillas. Tardé un instante en darme cuenta de que no me había caído a causa de mi torpeza. Una mano grande y firme me retorció el hombro y me dejó sin aire. Me agarró del brazo en un doloroso apretón y me arrastró a un callejón que había entre un restaurante de comida rápida y una *boutique* francesa antes de que pudiera abrir la boca y hacer algo. Gritar, morder o algo peor. Arrastré los pies en la dirección opuesta, en un intento desesperado por liberarme, pero el hombre era el doble de grande que yo y tenía mucha fuerza. Estaba demasiado cegada por la rabia como para fijarme en su cara. El desconcierto me provocó un nudo en el estómago, disparó llamaradas a mis ojos y me cegó por un momento. El tipo me estampó contra un edificio y siseé al sentir el impacto desde la espalda hasta el coxis. Por instinto, extendí los brazos para arañarle el rostro, pataleé y grité. Mi miedo era como una tormenta. No podía zafarme de él. El desconocido me agarró de las muñecas y me inmovilizó las manos contra el frío cemento.

«Ya está», pensé. «Ha llegado tu hora. Por un estúpido bolso, un sábado por la tarde, en una de las playas más concurridas de toda California».

Me encogí y esperé a que me pegara un puñetazo en la cara, o peor, que me echara su aliento apestoso en la boca o que me bajara los pantalones de un tirón.

Entonces, el desconocido se rio entre dientes.

Fruncí el ceño, entorné los ojos para verlo bien y parpadeé, aterrorizada.

Lo vi por partes, como una obra en ciernes. Sus ojos, de un azul grisáceo, fueron lo primero que distinguí una vez se

disipó el miedo. Eran de una mezcla entre el azul zafiro y el plata, del color de la piedra de luna. Lo siguiente fue su nariz recta, los labios simétricos y los pómulos, tan afilados que podría cortar un diamante con ellos. Era extremadamente varonil y tenía una apariencia intimidante, pero eso no fue lo que hizo que lo reconociera al instante, sino lo que emanaba en cantidades ingentes: amenaza y vigor. Era un caballero oscuro hecho de un material tosco. Cruel en su silencio y castigador en esa confianza en sí mismo. Solo lo había visto una vez, en una barbacoa en la casa de Dean Cole unas semanas antes, y no nos dijimos ni una palabra.

No le dijo nada a nadie.

«Trent Rexroth».

Apenas nos conocíamos, pero cada cosa que sabía de él era un motivo más para ponerme en su contra. Era millonario, soltero y, por lo tanto, seguramente un mujeriego. En resumen, era mi padre de joven, lo que significaba que me interesaba conocerlo tanto como contraer el cólera.

—Tienes cinco segundos para explicarme por qué has asaltado a mi madre. —Su voz era seca, pero sus ojos... echaban chispas—. Cinco...

Su madre. Mierda. Me había metido en un buen lío. Aunque no me arrepentía de mi decisión. Había dado en el clavo. Era una mujer blanca y rica de las afueras que no echaría de menos el dinero ni su bolso. Lástima que el socio comercial de mi padre durante los últimos seis meses fuera su hijo.

—Suéltame las muñecas —susurré con los dientes todavía apretados— o te doy un rodillazo en las pelotas.

—Cuatro...

Me ignoró por completo y me apretó más fuerte mientras me desafiaba con la mirada a hacer algo que ambos sabíamos que era demasiado cobarde para siquiera

intentar. Me estremecí. En realidad, no me estaba haciendo daño y él lo sabía. Apretaba lo justo para incomodarme y asustarme muchísimo.

Hasta ese momento, nadie me había hecho daño físico. Era la regla no escrita de los ricos y nobles. Podías ignorar a tu hijo, enviarlo a un internado en Suiza y dejarlo con la niñera hasta que cumpliera los dieciocho, pero que no se te ocurriera ponerle una mano encima. Busqué el bolso de YSL, con la confusión y el pánico royéndome las entrañas. Rexroth vio mis intenciones al instante, porque dio una patada al bolso, que había quedado entre ambos. Hizo un ruido sordo al chocar contra mis botas.

—No te encariñes mucho con él, encanto. Tres...

—Mi padre te matará si se entera de que me has tocado —balbuceé mientras me esforzaba por recuperar el equilibrio—. Soy...

—La hija de Jordan Van Der Zee —me interrumpió con naturalidad, y me ahorró la presentación—. Siento decirte esto, pero me importa una mierda.

Mi padre formaba parte del negocio de Rexroth y poseía el cuarenta y nueve por ciento de la Compañía de Bienes, Adquisiciones y Servicios, la empresa que Trent había constituido con sus amigos del instituto. Eso convertía a Jordan en una amenaza para el hombre que tenía delante, aunque no fuera exactamente el jefe de Rexroth. El pronunciado ceño de Trent confirmó que no estaba asustado. Pero yo sabía que mi padre enloquecería si se enteraba de que Trent me había tocado. Jordan Van Der Zee rara vez me prestaba atención, pero, cuando lo hacía, era para reafirmar su poder sobre mí.

Quería burlarme de Rexroth. Ni siquiera estaba segura del motivo. Tal vez porque me estaba humillando, aunque en parte reconocí que me lo merecía.

Me lanzó una mirada asesina que hizo que me ardiera la piel. Mis mejillas adquirieron un tono carmesí, lo cual me

impresionó, porque casi me doblaba la edad y estaba fuera de mi alcance. Ya me sentía lo bastante niña porque me hubieran pillado con las manos en la masa, no hacía falta apretar los muslos mientras él me clavaba los dedos en las muñecas como si quisiera abrírmelas y arrancarme las venas.

—¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme? —Alcé la barbilla, con la mirada, la voz y la postura desafiantes. Su madre era blanca, por lo que su padre o alguno de sus abuelos debía de ser negro. Trent era alto, corpulento y de piel morena. Llevaba el pelo casi rapado al cero, al estilo de los marines, y vestía unos pantalones de color carbón, una camisa blanca con cuello y un Rolex *vintage*.

«Capullo atractivo. Cabrón arrogante e imponente».

—Dos...

—Llevas diez minutos con la cuenta atrás, listillo —le informé con una ceja arqueada.

Entonces, soltó una risa tan malévola que juro que pareció que tenía colmillos. Me soltó las muñecas como si le quemaran. Al instante, me cogí una con la mano y empecé a trazar círculos en ella. Trent se inclinó sobre mí como una sombra y finalizó la cuenta atrás con un gruñido.

—Uno.

Nos miramos fijamente: yo aterrorizada y él como si algo le hiciera gracia. Se me aceleró el pulso y me pregunté qué pinta tendrían mis entrañas, si los ventrículos de mi corazón estarían llenos de sangre y adrenalina. Con actitud burlona, Trent levantó una mano despacio y me bajó la capucha: mis ondas largas y rubias cayeron en cascada hasta la cintura. Mis nervios se hicieron trizas por lo expuesta que me sentía. Me observó perezosamente, como si yo fuera un producto de una tienda de descuento Dollar Tree y estuviera decidiendo si comprarme o no. Era guapa, un hecho que complacía y molestaba al mismo tiempo a mis padres, pero Trent era un hombre, y yo estaba en mi último

año de instituto, al menos durante las próximas dos semanas. Sabía que a los hombres ricos les gustaban jovencitas, pero lo de ir a la cárcel ya no les atraía tanto.

Tras un momento que se me hizo eterno, rompí el silencio y pregunté:

—Y ahora ¿qué?

—Ahora esperaré. —Casi me acarició la mejilla, casi, lo que provocó que me temblaran los párpados y que el corazón se me desbocara de un modo que hizo que me sintiera mayor y más joven al mismo tiempo.

—¿Esperar? —Fruncí el ceño—. ¿Esperar a qué?

—A que la ventaja que tengo sobre ti me sea de utilidad, Edie Van Der Zee.

Sabía mi nombre. Mi nombre de pila. Ya me había sorprendido que supiera que era la hija de Jordan después de haberme visto solo una vez en la barbacoa de su amigo hacía unas semanas, pero esto... esto, aunque parezca mentira, era emocionante. ¿Por qué iba Trent Rexroth a saber mi nombre, a no ser que se lo hubiera preguntado a alguien? Mi padre no hablaba de mí en el trabajo. Era la pura verdad. Siempre que podía me ignoraba.

—¿Qué podrías querer tú de mí? —Arrugué la nariz, suspicaz.

Era un magnate poderoso de treinta y tantos, y tan fuera de mi liga que ni siquiera jugábamos en el mismo campo. No estaba siendo dura conmigo misma, lo hacía por gusto. Podría ser tan rica como él. Rectifico: habría podido ser cincuenta veces más rica que él. Tenía el mundo a mis pies, pero, para consternación de mi padre, había decidido rechazarlo en lugar de sacar tajada.

Sin embargo, Trent Rexroth no lo sabía. Trent Rexroth no tenía ni idea.

Bajo los brazos y su escrutinio, me sentí increíblemente viva. Rexroth se inclinó hacia mí, mientras sus labios,

hechos para la poesía, el pecado y el placer, dibujaban una sonrisa entre mi garganta y mi oído. Después susurró:

—Lo que quiero es mantener a tu padre a raya. Enhorabuena, acabas de convertirte en un sacrificio en potencia.

Lo único en lo que podía pensar cuando se apartó y me llevó hasta mi coche de la nuca, como si fuera un animal salvaje que necesitara que lo domesticaran con urgencia, era que mi vida acababa de volverse mucho más complicada.

Golpeó el techo del Audi y sonrió a través de la ventanilla abierta. Se bajó las gafas de sol y dijo:

—Conduce con cuidado.

—Cómeme el coño. —Me temblaban las manos mientras intentaba bajar el freno de mano.

—Ni en un millón de años, pequeña. No me compensa ir a la cárcel.

Ya tenía dieciocho años, pero tampoco suponía una gran diferencia. Me detuve, a punto de escupirle en la cara, cuando rebuscó en el bolso de su madre y me tiró algo pequeño y duro.

—Para el camino. Te aconsejo que no te acerques a los bolsillos y los bolsos ajenos. No todo el mundo es tan amable como yo.

No era amable. Era un capullo de manual. Antes de que pudiera contestarle, se dio la vuelta y se marchó, dejando tras de sí un aroma embriagador y mujeres interesadas. Miré lo que me había tirado, todavía aturdida y desconcertada por su último comentario.

Una chocolatina.

En otras palabras, me había ordenado que me relajara. Me había tratado como a una niña. Como si fuera un chiste para él.

Me alejé del paseo marítimo y fui directa a Tobago Beach para que Bane me prestara algo de dinero para

subsistir el mes siguiente. Estaba demasiado distraída como para fijar otro objetivo y conseguir dinero rápido.

Pero ese día algo cambió y, de algún modo, le dio un rumbo a mi vida que nunca imaginé que tomaría.

Ese día comprendí que odiaba a Trent Rexroth.

Ese día lo añadí a mi lista negra, sin posibilidad de libertad condicional.

Ese día, me percaté de que aún podía sentirme viva en los brazos adecuados.

Lástima que también fueran los más inapropiados.

Capítulo uno

Trent

*«Ella es un laberinto sin salida.
Un pulso constante y etéreo. Está ahí,
pero es como si no estuviera.
La quiero tanto que a veces la odio.
Y me aterra, porque en el fondo sé lo que es.
Un rompecabezas irresoluble.
Y sé quién soy yo.
El imbécil que intentaría ayudarla.
Sin importar lo que costara».*

—¿Cómo te sentiste al escribirlo?

Sonya sostenía el papel con restos de *whisky* como si fuera su puñetero hijo recién nacido; una cortina de lágrimas brillaba en sus ojos. Los niveles de drama fueron altos en aquella sesión. Su voz era vaporosa y sabía lo que buscaba. Un gran avance. Un momento especial. Esa escena clave de las películas de Hollywood que lo cambia todo. La chica rara se deshace de sus inhibiciones, el padre se da cuenta de que se comporta como un capullo y comparten sus sentimientos, bla, bla, pásame un pañuelo, bla.

Me froté la cara y miré el Rolex.

—Estaba borracho cuando lo escribí, así que probablemente me apetecía una hamburguesa para diluir el alcohol —dije sin un atisbo de emoción.

No hablaba mucho (¡menuda sorpresa!), de ahí que me llamaran el Mudo. Solo conversaba con Sonya, quien conocía mis límites; con mi hija Luna, quien los ignoraba, y conmigo mismo.

—¿Te emborrachas a menudo?

Apesadumbrada. Esa era la expresión de Sonya. Por lo general, mantenía una pose neutral, pero yo veía más allá de sus gruesas capas de maquillaje y la profesionalidad.

—No es que sea asunto tuyo, pero no.

El silencio se prolongó en exceso. Toqueteé la pantalla del móvil mientras trataba de recordar si había enviado el contrato a los coreanos o no. Debería haber sido más amable, ya que mi hija de cuatro años estaba sentada a mi lado presenciando la conversación. Debería haber sido muchas cosas, pero lo único que era, y que podía ser fuera del trabajo, era un hombre enfadado, furioso y... (¿Por qué, Luna? ¿Qué cojones te he hecho?) confundido. ¿Cómo me había convertido en un padre soltero de treinta y tres años que no tenía tiempo ni paciencia para ninguna otra mujer que no fuera su hija?

—Los caballitos de mar. Hablemos de ellos.

Sonya entrelazó los dedos y cambió de tema. Lo hacía cada vez que se me agotaba la paciencia. Su sonrisa era amable pero neutra, como su despacho. Me fijé en los retratos que tenía a su espalda. En ellos aparecían niños pequeños y risueños; los típicos cuadros de mierda que te compras en IKEA. El papel de pared era amarillo claro y los sillones, elegantes y con un estampado de flores. O ella se estaba esforzando demasiado o yo no lo hacía lo suficiente. En ese momento era difícil saberlo. Miré a mi hija y le sonreí. No me devolvió la sonrisa. No la culpé.

—Luna, dile a papá por qué el caballito de mar es tu animal favorito —dijo Sonya.

Luna sonrió a su terapeuta con complicidad. A sus cuatro años no hablaba. Nada. Ni una palabra; ni una sílaba. No tenía ningún problema en las cuerdas vocales. Es más, gritaba cuando le dolía algo, tosía cuando estaba resfriada y tarareaba sin darse cuenta cuando sonaba una canción de Justin Bieber en la radio (lo cual ya sería una tragedia para algunos).

Luna no hablaba porque no quería. Era un problema psicológico, no físico, derivado de vete a saber qué. Lo que sí sabía era que mi hija era diferente, indiferente y extraordinaria. La gente decía que era «especial» como excusa para tratarla como a un bicho raro. Ya no podía protegerla de las miradas curiosas y las cejas arqueadas e inquisitivas. De hecho, cada vez costaba más hacer que su silencio pasara por introversión y, de todos modos, me estaba cansando de disimularlo.

Luna fue, es y será siempre sumamente inteligente. Superaba la media en todas las pruebas que le habían hecho a lo largo de los años, y habían sido muchísimas. Entendía cada palabra que se le decía. Era muda por elección, aunque fuera demasiado joven como para tomar una decisión así. Intentar disuadirla era una tarea imposible e irónica. Por eso interrumpía mi jornada laboral y me presentaba en el despacho de Sonya dos veces por semana: para intentar convencer a mi hija de que dejara de boicotear al mundo.

—En realidad, sé muy bien por qué a Luna le encantan los caballitos de mar. —Sonya frunció los labios y estampó la nota que escribí estando borracho en la mesa. Luna a veces decía una palabra o dos cuando se quedaba a solas con su terapeuta, pero nunca mientras yo estaba presente. Sonya me contó que tenía una voz lánguida, como sus ojos, y que era suave, delicada y perfecta. No tenía ningún

problema. «Habla como una niña, Trent. Algún día tú también la oirás».

Arqueé una ceja, cansado, y apoyé la cabeza en la mano mientras miraba a la pelirroja tetuda. Tenía tres acuerdos pendientes (cuatro, si me había olvidado de enviar el contrato a los coreanos), y mi tiempo era demasiado valioso como para hablar de caballitos de mar.

—A ver, ¿por qué? —dije.

Sonya me tomó la mano, grande y morena, con la suya, pequeña y blanca.

—El caballito de mar es el animal favorito de Luna porque es la única especie en todo el reino animal en la que el macho da a luz, y no la hembra. El caballito de mar macho es el que incuba a sus descendientes. El que se queda embarazado. El que anida. ¿No es precioso?

Parpadeé un par de veces y miré a mi hija. Era un desastre a la hora de tratar con mujeres de mi edad, así que cuidar de Luna se parecía a disparar un puto arsenal de balas en la oscuridad con la esperanza de que alguna diera en el blanco. Fruncí el ceño y pensé en decir algo, lo que fuera, que hiciera sonreír a mi hija.

Pensé que los servicios sociales la apartarían de mí si supieran lo idiota que era y lo emocionalmente atrofiado que estaba.

—Pues... —empecé a decir.

Sonya carraspeó y acudió al rescate.

—Eh, Luna. ¿Qué tal si ayudas a Sydney a colgar los adornos del campamento de verano fuera? Tienes muy buen gusto.

Sydney era la secretaria de la consulta de Sonya. Mi hija se había encariñado con ella, ya que pasábamos mucho tiempo sentados en la recepción, a la espera de que nos atendieran. Luna asintió y bajó de la silla de un salto.

Mi hija era preciosa. Su piel color caramelo y los rizos castaños claros hacían que sus ojos azul oscuro brillaran

como faros. Mi hija era guapísima, mientras que el mundo era horrendo y no sabía cómo ayudarla.

Y me mataba como un cáncer. Despacio. Con paso firme. Salvajemente.

La puerta se cerró con un ruido sordo. Entonces, Sonya me miró y se le borró la sonrisa.

Volví a mirar el reloj.

—¿Follamos esta noche o qué?

—Joder, Trent. —Negó con la cabeza y se agarró la nuca con los dedos entrelazados.

Dejé que se derrumbara. Este era un problema recurrente con Sonya. Por una razón que yo no comprendía, creía que podía regañarme porque a veces me la chupaba. La verdad era que cada ápice de poder que tenía sobre mí era por Luna. Mi hija besaba el suelo que Sonya pisaba y sonreía más cuando su terapeuta estaba delante.

—Me lo tomaré como un no.

—¿Y por qué no te lo tomas como un toque de atención? El amor de Luna por los caballitos de mar es una forma de decir: «Papá, te agradezco que me cuides». Tu hija te necesita.

—Mi hija me tiene —dije con los dientes apretados.

Era la verdad. ¿Qué más podría haberle dado a Luna que no le hubiera dado ya? Era su padre cuando necesitaba que alguien le abriera el bote de los pepinillos y su madre cuando necesitaba que alguien le metiera la camiseta interior por dentro de las medias negras de *ballet*.

Hacía tres años, la madre de Luna, Val, la había metido en la cuna, había cogido las llaves y dos maletas enormes, y había desaparecido de nuestras vidas. Val y yo no estábamos juntos. Luna fue el producto de una despedida de soltero en Chicago que se desmadró. La concebimos en la trastienda de un club de *striptease*, con Val sentada a horcajadas sobre mí mientras tenía a otra *stripper* en la

cara. Ahora que lo pienso, acostarme con una *stripper* sin condón debería haberme otorgado algún récord Guinness a la estupidez. Tenía veintiocho años, no era un niño ni mucho menos, y era lo bastante inteligente como para saber que lo que hacía estaba mal.

Pero a los veintiocho años todavía pensaba con la polla y la cartera.

A los treinta y tres, ya pensaba más con la cabeza y en la felicidad de mi hija.

—¿Cuándo terminará esta farsa? —interrumpí a Sonya, harto de que no fuera al grano—. Dime tu precio y lo pagaré. ¿Cuánto quieres por tratarnos solo a nosotros?

Sonya trabajaba para una institución privada financiada en parte por el estado y, en parte, por gente como yo. No creo que ganara más de ochenta mil dólares al año, eso siendo la mar de optimista. Le había ofrecido ciento cincuenta mil dólares, el mejor seguro médico del mercado para ella y su hijo, y la misma cantidad de horas si aceptaba trabajar solo con Luna. Sonya suspiró, dolida, y entornó los ojos azul celeste.

—¿No lo entiendes, Trent? Deberías concentrarte en conseguir que Luna se abra a más gente, no hacer que dependa de mí para comunicarse. Además, Luna no es la única niña que me necesita. Disfruto trabajando con distintos clientes.

—Luna te quiere —repliqué mientras me quitaba una pelusa oscura del impecable traje de Gucci.

¿Acaso creía que no quería que mi hija hablara conmigo? ¿Con mis padres? ¿Con mis amigos? Lo había intentado todo. Luna no cedía. Lo mínimo que podía hacer era asegurarme de que no se sintiera terriblemente sola en su cabecita.

—A ti también, pero tardará en desprenderse de su coraza.

—Esperemos que pase antes de que se me ocurra cómo romperla. —Me puse de pie. No era broma del todo. Mi hija me hacía sentir más impotente que cualquier adulto con el que hubiera tratado.

—Trent —dijo Sonya en tono de súplica cuando ya estaba en la puerta.

Me detuve, pero no me di la vuelta. No. A la mierda. No hablaba mucho de su familia cuando venía a echar un polvo rápido aprovechando que Luna y la canguro estaban dormidas, pero yo sabía que estaba divorciada y tenía un hijo. Que les dieran por culo a la Sonya normal y a su hijo normal. No nos entendían ni a Luna y a mí. Quizás en teoría sí, pero a nuestro verdadero yo, al roto, al torturado y al objeto de estudio, a ese ni por asomo. Sonya era una buena terapeuta. ¿Poco ética? Tal vez. Pero hasta eso era discutible. Nos acostábamos con la certeza de que solo era sexo. Ni sentimientos, ni complicaciones, ni expectativas. Era buena terapeuta, pero, como al resto del mundo, se le daba bastante mal entender lo que estaba viviendo. Lo que estábamos viviendo.

—Las vacaciones de verano acaban de empezar. Por favor, hazle un hueco a Luna. Trabajas demasiadas horas. Le iría muy bien pasar más tiempo contigo.

Me volví y analicé su rostro.

—¿Qué propones?

—Que te tomes un día libre a la semana para estar con ella.

Unos parpadeos lentos por mi parte bastaron para que se diera cuenta de que se estaba extralimitando. Reculó, pero no sin luchar. Tensó los labios, lo que me indicó que ella también se estaba hartando de mí.

—Lo entiendo. Eres un pez gordo y no puedes permitirte tomarte un día libre. Prométeme que te la llevarás a la oficina una vez a la semana. Camila puede cuidarla. Sé que

tu bloque de oficinas cuenta con una sala de juegos y otras comodidades para los niños.

Camila era la niñera de Luna. A sus sesenta y dos años, con un nieto y otro en camino, su trabajo con nosotros tenía fecha de caducidad. Así que, cada vez que oía su nombre, algo se removía en mi interior y me hacía sentir incómodo.

Asentí. Sonya cerró los ojos y suspiró.

—Gracias.

En el vestíbulo, recogí la mochila de Dora la Exploradora de Luna y guardé su caballito de mar de juguete. Le ofrecí la mano y ella la aceptó. Nos dirigimos al ascensor en silencio.

—¿Espaguetis? —pregunté, ávido de decepción. Sabía que no me contestaría.

Nada.

—¿Qué tal un yogur helado?

Nada.

Sonó la campanita del ascensor. Entramos a grandes zancadas. Luna llevaba unas deportivas negras, unos vaqueros sencillos y una camiseta blanca. La clase de ropa que imaginaba que se pondría la hija de Van Der Zee cuando no estaba ocupada asaltando a gente inocente. Luna no se parecía en nada a Daria, la hija de Jaime, ni a las otras chicas de su clase, que preferían volantes y vestidos. Total, tampoco es que ellas le interesaran demasiado.

—¿Qué te parece espaguetis y un yogur helado? — negocié. Y yo nunca negociaba. Jamás.

Me apretó un poco la mano.

«Me estoy acercando».

—Echaremos el yogur encima de los espaguetis y nos lo comeremos mientras vemos *Stranger Things*. Dos episodios. Y puedes irte a dormir más tarde: a las nueve en vez de a las ocho. —A la mierda. Era fin de semana y mis